

VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES

Marcelino Oreja. EX MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES

“Mi madre me insistió en ir a Salamanca por la proyección que tiene la Universidad”

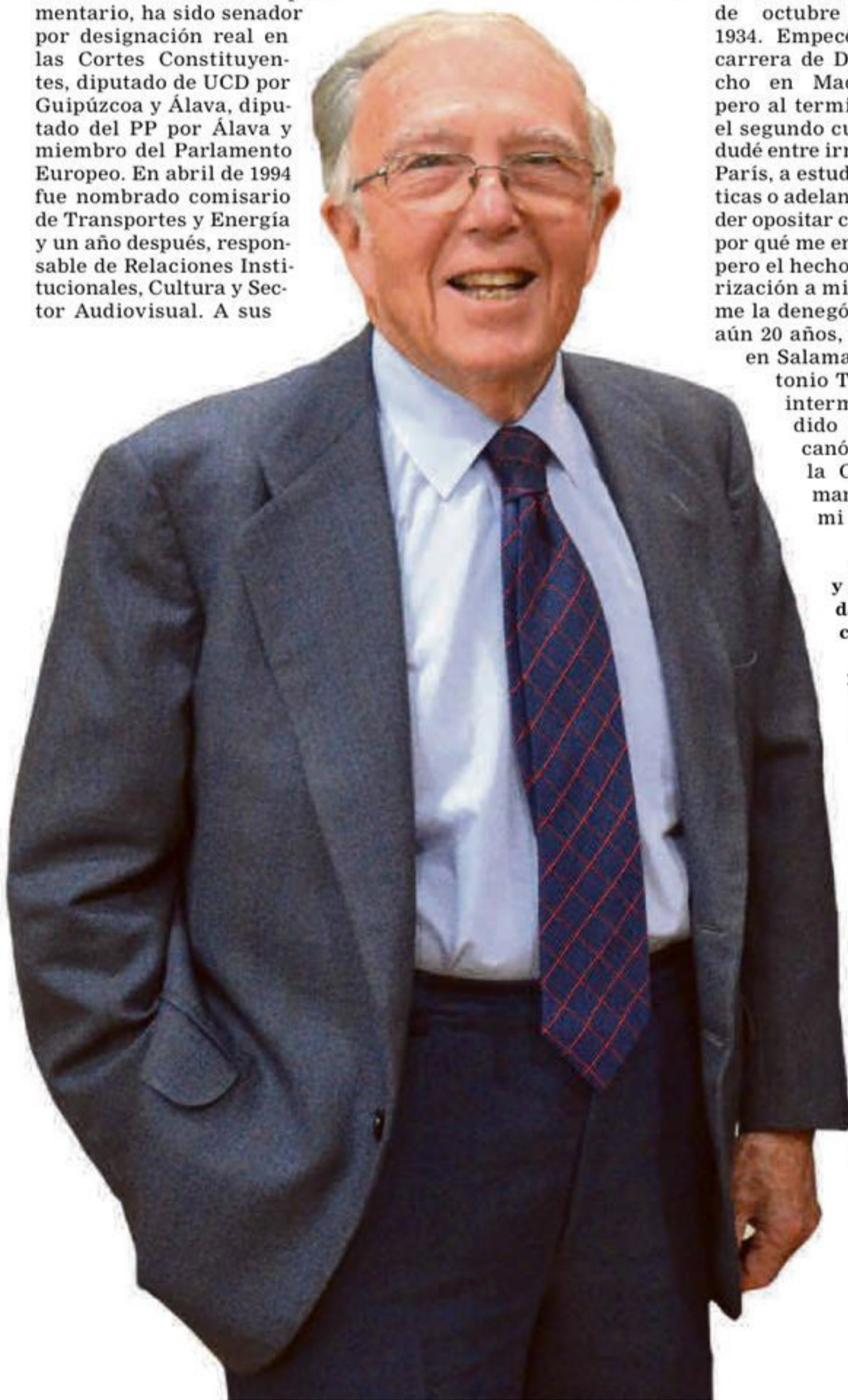
El miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas inaugura una serie que LA GACETA dedica a grandes personalidades de España y del mundo que pasaron por las aulas en los ocho siglos de vida de la Universidad

BERTA BAZ / MADRID

LA Universidad de Salamanca puede presumir de haber formado a numerosos estudiantes que tras su paso por las aulas han destacado por su importante trayectoria profesional. Este es el caso de Marcelino Oreja (Madrid, 1935), ministro de Asuntos Exteriores con Adolfo Suárez. Como parlamentario, ha sido senador por designación real en las Cortes Constituyentes, diputado de UCD por Guipúzcoa y Álava, diputado del PP por Álava y miembro del Parlamento Europeo. En abril de 1994 fue nombrado comisario de Transportes y Energía y un año después, responsable de Relaciones Institucionales, Cultura y Sector Audiovisual. A sus

82 años, es un hombre de gran vitalidad que no falta a sus reuniones de los martes como miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Además es presidente del Instituto de Estudios Europeos de la Universidad CEU San Pablo.

-Madrileño de nacimiento y vasco de



sentimiento. ¿Por qué escogió la Universidad de Salamanca?

-Nací en Madrid pero me considero vasco, de Mondragón, que es donde tenía que haber venido al mundo si no hubieran matado a mi padre en la revolución de octubre de 1934. Empecé la carrera de Derecho en Madrid pero al terminar el segundo curso dudé entre irme al extranjero, a París, a estudiar Ciencias Políticas o adelantar curso para poder opositar cuanto antes. No sé por qué me entró aquella prisa, pero el hecho es que pedí autorización a mi universidad, que me la denegó, porque no tenía aún 20 años, y me la concedió en Salamanca el rector Antonio Tovar, gracias a la intermediación de Cándido Verdejo Marcos, canónigo magistral de la Catedral de Salamanca, muy amigo de mi familia.

-Hizo las maletas y se vino a la ciudad. ¿Qué lugar escogió para vivir?

-Me alojé con mi madre en el Gran Hotel entre los años 1952 a 1955. Cogimos dos habitaciones comunicadas, y mi madre llevó algunos muebles para hacerlas más acogedoras. Era una mujer firme. Con mucha personalidad. Dedicó su vida a mí absolutamente. El ser hijo único y póstumo crea entre madre e hijo un fuerte vínculo. En el

Gran Hotel desayunaba, comía y cenaba, pero frecuenté mucho los colegios mayores. Es impor-

“Aquí pasé unos años magníficos, muy enriquecedores; había un compañerismo muy grande, prestábamos atención y comentábamos las clases al terminar”

tante que sigan vivos. Muchos jóvenes prefieren vivir en pisos compartidos pero el ambiente de los colegios mayores es único.

-¿Cómo fue su paso por la

facultad? ¿Qué ambiente había en las aulas?

En Salamanca pasé unos años magníficos. Muy enriquecedores. Mis clases estaban en la actual Facultad de Traducción y Documentación. Seríamos unos 80 estudiantes por aula, y la mayoría hombres. Sólo había tres o cuatro mujeres. Chicas estupendas, muy estudiosas. Había un compañerismo muy grande. Prestábamos mucha atención en las clases y cuando acababan las comentábamos. Todavía conservo algunos de los apuntes.

-Su mejor recuerdo...

-El recorrido con los libros desde el Gran Hotel hasta la facultad por la calle la Rúa. Era un paseo muy grato.

-La institución conmemora este año su

octavo centenario. ¿Qué siente al haber estudiado en una Universidad con tanta historia?

-Aparte de las facilidades que me dieron para poder adelantar curso, la razón por la que mi madre me insistió en ir a Salamanca fue por la proyección que tiene la Universidad. Ella no tenía una formación académica pero sí un olfato muy grande. Y esta institución tiene un enorme prestigio, es conoci-

da en el mundo entero, y tiene un nivel académico muy bueno. Además ha tenido muy buenos rectores. Está volcada al exterior, lo que favorecía mi interés por ser diplomático. Desde niño siempre tuve una fuerte vocación hacia la carrera diplomática. Mi madre me inculcó la necesidad de aprender idiomas y se preocupó de organizarme estancias en el extranjero. Con diez años ya hablaba perfectamente inglés, francés, alemán y, por supuesto, castellano. La única que no aprendí es una lengua que siempre he sentido no saber, que es el euskera.

-¿A qué profesores recuerda de su época?

-Destacaría a Antón Oneca en Penal y José Beltrán de Heredia en Civil, uno de los profesores de quien conservo mejor recuerdo. También a Enrique Tierno Galván, mi preparador de las oposiciones para la carrera diplomática, algo que en aquella época tenía que guardar en secreto, porque estaba mal visto. En las últimas décadas se han ido incorporando personas de gran valía como Araceli Mangas. Siendo yo presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas ingresó como académica. Siempre que tengo un tema espinoso y difícil, relacionado con Europa, la llamo. Tiene una visión de

los temas completísima. Reconozco que le doy mucho la lata (risas).

-¿Qué aprendió en Salamanca, aparte de la carrera?

-A convivir. Y también el concepto de universalidad. El no encerrarse en las fronteras íntimas y familiares, sino abrirse al mundo. En mi época los alumnos de Derecho tenían relación con los de letras y medicina. Estábamos abiertos a otros saberes.

-La Constitución también cumple años este 2018. ¿Qué aportará la muestra ‘Del aula al escaño’ a estas dos efemérides?

-Pertenezco al comité organizador de esta exposición, que se celebrará en un marco in-

FICHA:

Carrera y promoción: Derecho, 1955.

Un profesor: José Beltrán de Heredia.

Una comida: Los almuerzos con mis antiguos compañeros.

Un rincón de Salamanca: La fachada de la Universidad.

Una canción de aquellos tiempos: ‘Margarita se llama mi amor’.

VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES

comparable como es el Congreso de los Diputados. Es admirable lo que ha supuesto la Universidad de Salamanca a lo largo de la historia. En los ocho siglos que tiene a sus espaldas ha aportado mucho, y un reflejo de ello es su contribución a la Constitución, eje de la muestra que se inaugurará después de Semana Santa.

-Una coincidencia que la Universidad de Salamanca y la Carta Magna estén de celebración el mismo año. ¿Qué opina?

-Algo muy grato. La Universidad cuenta con una figura como Francisco de Vitoria, que espero nunca se deje de estudiar. Su aportación al Derecho Público es fundamental. Gracias a él el Derecho de Gentes nació en Salamanca. Asentó un pilar muy importante.

-¿Dónde radica la esencia de la institución académica?

-La Universidad son las personas que la conforman. Es lo que la ha hecho grande. En todas las épocas la Universidad ha contado con importantes bastiones como el ya citado Francisco de Vitoria, Fray Luis de León o Torres Villarroel. Más reciente es Miguel de Unamuno. Me siento muy identificado con Unamuno ya que él estaba en Salamanca y yo en Madrid pero ambos nos sentimos profundamente vascos, con la convicción de que ser vasco no es ser nacionalista. Ser vasco es creer en lo que significa la fuerza de la tradición, de la lengua, pero también tiene una vocación universal. Murió con la tarea cumplida como intelectual.

-¿Qué imagen le gustaría que la Universidad proyectara durante 2018?

-Es muy importante la solidaridad, en un momento en el que hay tantas muestras de in-



A la izquierda, Marcelino junto al cura que le 'apadrinó' para entrar en la Universidad, Cándido Verdejo. Arriba, junto a su madre, su gran apoyo durante la niñez, y junto a estas líneas, subido en un verraco.

solidaridad. Debe de ser reflejo de la identidad española volcada al exterior. Proyectarse hacia Europa y el mundo. En todos mis viajes, cuando comento que he estudiado en Salamanca, la gente muestra su satisfacción. Se la compara con Oxford o Cambridge. Eso es muy importante. En estos momentos está pujante y esplendorosa. La Universidad siempre ha estado viva pero ahora hay una afirmación de su universalidad a través de los actos que se están celebrando por el octavo centenario.

-Salamanca era en su día fundamentalmente Humanidades. ¿Debe seguir apostando por esa rama del saber para garantizar un futuro?

-Humanidades está en la esencia misma, pero no debe ce-

ñirse únicamente a ella. Son muy importantes las ciencias, la medicina... Para los mayores como yo crea una gran novedad el mundo digital. Es un ámbito que a mí me cuesta muchísimo, pero es importante cómo se proyecta. Salamanca es pasado y presente, pero también futuro.

-La asociación Alumni ha sufrido un importante impulso en los últimos meses.

¿Qué papel deben jugar los antiguos alumnos para la promoción de la Universidad?

-Estudiar en la Universidad

“Estudiar en Salamanca es una credencial y hay que ser agradecidos; los antiguos alumnos debemos apoyar y promocionar la Universidad”

de Salamanca es una credencial y en esta vida hay que ser agradecidos. Los antiguos alumnos debemos apoyar y promocionar la institución. Yo siempre que puedo vuelvo a la ciudad. Muchos fines de semana me voy a dar una vuelta con mi mujer. Y cuando me invitan a algún acto intento acudir. Ya decía Miguel de Cervantes que “Salamanca, que hechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivencia han gustado”.

-Cuando acababa el curso.

¿Cómo recuerda los veranos en Salamanca?

-Durante dos veranos estuve en el campamento de Monte la Reina, en Zamora, para cumplir el servicio militar en las milicias universitarias. Aunque por mi condición de hijo único y póstumo pude haberme librado, mi madre me recomendó, con buen acierto, que sería una buena experiencia y que no dejara de hacerlo. Le hice caso. Allí conviví en la misma tienda de campaña con muchos compañeros de facultad como Alfredo Flores, Ángel Rodríguez Sainz o Joaquín de Prada. Hicimos marchas, instrucción y cantamos con todas nuestras fuerzas ‘Margarita se llama mi amor’. Este himno me sigue emocionando cuando lo recuerdo.

PERSONAJES HISTÓRICOS

Nebrija, primer gran ilustre

En 1459, dos siglos después de su fundación, estudió en las aulas de la Universidad de Salamanca Antonio Martínez de Cala y Xarava, (Lebrija, Sevilla, 1441 - Alcalá de Henares, 1522), más conocido como Elio Antonio de Nebrija. Llegó al Estudio salmantino con 15 años para cursar Humanidades, aunque su paso por la institución académica no fue completamente de su agrado. Según escribió en alguna de sus obras, los sabios maestros de la Universidad de Salamanca habían perdido su expresión elegante y utilizaban una jerga vulgar que no convenció al joven alumno andaluz. Así que con 19 años se marchó a Bolonia donde permaneció cerca de una década en la que se familiarizó con la obra de los humanistas italianos que defendían la restitución de la pureza de la lengua latina. Nebrija se reafirmó así en sus ideas y regresó a España ya como profesor para tratar de reparar el daño que se estaba haciendo a la lengua latina. Encontró en ese momento el apoyo del arzobispo de Sevilla, Alonso de Fonseca, que le nombró secretario y preceptor de su sobrino Juan Rodríguez de Fonseca e inició su

batalla contra los bárbaros de la lengua. En 1475 comenzó su carrera académica en la Universidad de Salamanca como lector de Elocuencia y Poética y solo un año después ganó la cátedra de Prima de Gramática de la institución académica salmantina. Empezó así a renovar los fundamentos de la enseñanza de la lengua latina. Antes de su mundialmente conocida “Gramática castellana” (1492), Elio Antonio de Nebrija publicó sus “Introducciones latinae” (1481), todo un éxito a juzgar por las numerosas reimpresiones. En su empeño por el cuidado de la lengua, Nebrija acompañó el texto con un vocabulario latino-español

que fue creciendo en sucesivas ediciones. Poco después, en 1485 leyó su primera “Repetitio”, que era la disertación que debía pronunciar cada catedrático de la Universidad de Salamanca sobre la materia que enseñaba, y al año siguiente la segunda. Ese 1486 fue un año clave en la vida del catedrático. Aprovechando la estancia de los Reyes Católicos en Salamanca dio muestra a la Reina de su futura “Gramática sobre la lengua castellana”, aunque el proyecto no cuajó en aquel momento. Con el mecenazgo de don Juan de Zúñiga comenzó una época muy fructífera en la producción científica de Elio Antonio de Nebrija fuera de las

aulas de la Universidad de Salamanca y en 1492 llegó su obra cumbre, aunque la primera gramática consagrada a una lengua romance no tuvo el efecto esperado. La primera reimpresión de la “Gramática sobre la lengua castellana” fue la patrocinada entre 1744 y 1777 por Francisco Miguel de Goyeneche, conde de la Salceda. Esta gran obra no sería objeto de atención hasta el siglo XVIII pese a que fue la primera gramática del castellano y también la primera gramática de una lengua vulgar que se imprimía en Europa, en una época en la que todavía no se consideraba el castellano como “lengua de cultura”. La obra se dividía en cinco libros: “Ortografía”, “Prosodia”, “Etimología”, “Sintaxis” e “Introducciones de la lengua castellana para los que de extraña lengua querrán deprender”. Nebrija fue, sin duda, un adelantado a su época convencido de que era necesario aprender el castellano para estudiar el latín, pues al fijarse sus reglas, se evitaría que el proceso natural de corrupción lo alejara más de éste. Una idea que plasmó en su gramática pero también en las numerosas obras que llegaron después al regresar a la Universidad de Salamanca en 1505. En 1513 se fue a Alcalá y falleció nueve años después.

